

## PRESENCIA DE LO PEQUEÑO EN MIRO

**E**L denso mundo olecense, plasmado en "Nuestro Padre San Daniel" y "El Obispo leproso", está tejido y entretejido de paisajes casi edénicos, embalsamados en aromas, y un sinnúmero de personajes que se mueven, lloran, ríen y mueren o desaparecen. Todo ello constituye un complejo retablo de pinturas y esculturas.

En esta breve nota de lectura —no es otra cosa— quisiera centrarme o fijar mi atención no en los grandes tipos de estas novelas —don Magín, Paulina, Pablo...—, ni en esos personajes secundarios subordinados a aquéllos —don Jeromillo, María Fulgencia...—. Me limitaré a unos personajes episódicos, minúsculos —algunos hasta en su figura física—, a los que el novelista añade detalles sumamente reveladores, con lo que quedan muy definidos.

Quizá con estos seres y los otros, con el paisaje, se nos hace más nítido y sugestivo todo lo que de abigarrado tiene ese retablo levantino que es Oleza.

Esos seres episódicos aparecen muy sugestivamente pintados, pero Miró les añade ciertos aditamentos exteriores —adornos, objetos— porque, como dice el propio Miró, "una minucia (es) lo que puede guiarnos para conocerlos".

Yo quiero traer aquí a alguno de esos seres. El viejo médico don Vicente Grifol, "un solterón chiquitín, pulcro, rasurado", que siempre porta un "bastoncito" "con cuento oxidado" y "puño de marfil"; bastoncito tan impres-



cindible para este ser que hasta en su casa lo vemos “adormecido en una butaca” con él. Lleva también, siempre, anteojos y guantes y aquéllos son tan consustanciales para el médico que cuando está a punto de morir y doña Purita, para limpiarlos, les pone “una respiración de frutas”, advierte a ella que se los introduzca en el bolsillo “para no dejárselos en este mundo”. Elvira, la adusta solterona de Gandía, hermana de don Alvaro, va siempre “jugando con un llavero que le colgaba de la correa de su hábito de los dolores”. El homeópata Monera lleva en sus manos, jugando con él, “la naranja de su gordo reloj de oro”. Doña Nieves, la santera, aparece con la capilla de “San Josefino”. Don Roger, el profesor de música de “Jesús”, lleva “el ranuto de los papeles solfeados”. Monseñor Salom, el obispo misionero, encierra en su mano derecha “una imagen de bronce de Nuestra Señora”.

Esos objetos menudos, casi insignificantes, aparecen cargados de una cierta intencionalidad. Con ellos, esos personajes emiten ciertos ruidos o adoptan ciertos ademanes que llegan a ser, por lo inveterados, “tics” nerviosos, tremendamente caracterizadores. Y así, vemos que el viejo médico Grifol con su “bastoncito” o golpea en el suelo de la calle de la Verónica para llamar la atención de doña Corazón o aparta “las pedrezuelas del camino”. Elvira con el llavero emite ciertos ruidos y nos revela su nerviosismo constante y nos trasciende a su espíritu vigilante, receloso, guardador. Monera, el homeópata, con el chirrido metálico producido con su reloj nos llevará a las chirriantes o desafortunadas intervenciones suyas en las tertulias o visitas. La medallita enclavijada en la mano de Monseñor Salom nos trasladará a un tipo de devoción crispante y maniática.

Creo que sí, que esos objetos y “tics” sirven para perfilar más a esos seres que, intermitentemente, aparecen en las páginas de las dos novelas mironianas. Y es que, como ha señalado el profesor Baquero Goyanes al estudiar la novela naturalista, esos objetos sirven para sugerir al lector algo muy importante: “Prestar vida a las figuras”, como diría la condesa de Pardo Bazán al hablar de este recurso en la novelística de Zola.

Parece como si Miró, al situar estas dos novelas en un tiempo cronológicamente encuadrable, en el siglo XIX, hubiera percibido que lo pequeño, lo insignificante, es una de las notas distintivas de la decoración y el arreglo personal característico de las gentes de finales de dicho siglo y de ahí la presencia de las cosas pequeñas como recurso en sus novelas.

Aún podríamos llegar a más. Esos objetos, llevados en las manos, nos mostrarían la importancia que éstas, las manos, tienen en la obra mironiana: manos de dedos afilados o gordezuelas y pequeñas o enclavijadas... Porque



para Miró, que busca siempre la plasticidad —pictórica o escultórica—, la mano servirá para definir a sus entes de ficción.

Sólo he querido mostrar, con esta nota de lectura, la importancia que el novelista alicantino concedía, en su técnica, al más mínimo detalle y cómo, con él, hace “primores de lo vulgar”.

